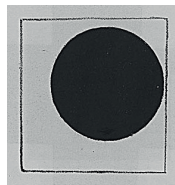


El relato de una ficción:
la manipulación ideológica
del nacionalsocialismo

The narration of a fiction:
the ideological manipulation
of National Socialism

Javier Leiva Bustos
Universidad Complutense de Madrid
Jleiva01@ucm.es



FRAGMENTOS DE FILOSOFÍA, N° 19, 2023: 27-40

ISSN: 1132-3329, E-ISSN: 2173-6464

Editores

Juan José Gómez Gutiérrez

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Alejandro Martín Navarro

Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla

Fernando Gilabert Bello

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Málaga

Comité científico

José Luis Abdelnour Nocera, University of West London

Claudia Giurintano, Universidad de Palermo

Anacleto Ferrer Mas, Universidad de Valencia

Antonio Gutiérrez Pozo, Universidad de Sevilla

Alicia De Mingo Rodríguez, Universidad de Sevilla

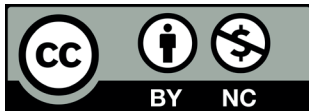
Antonio Molina Flores, Universidad de Sevilla

José Ordóñez García, Universidad de Sevilla

Hugo Viciano Asensio, Universidad de Sevilla

Producción editorial

Miguel Fernández Nicasio, Universidad de Sevilla



© de los textos: sus autores

Edita: Editorial Universidad de Sevilla

ISSN: 1132-3329; e-ISSN: 2173-6464

Facultad de Filosofía

Departamento de Estética e Historia de la Filosofía

C/ Camilo José Cela s/n, 41018 Sevilla (España)

https://revistascientificas.us.es/index.php/fragmentos_filosofia/index

Correo: jgomez32@us.es

1. Introducción: la pervivencia del totalitarismo

El totalitarismo surgió en el siglo XX como un movimiento y un proyecto político inédito hasta el momento. Aunque podríamos considerarlo análogo a otras formas de gobierno como la tiranía, la dictadura o el despotismo, puesto que todas ellas presentan características como la represión, la censura o el autoritarismo, la diferencia estriba en que el totalitarismo las eleva a un grado sumo, rechaza la inacción de las masas —compartida por las anteriores— y, sobre todo, persigue el control y el dominio *total* en todos y cada uno de los aspectos de la vida del individuo. Por consiguiente, como señalaba Hannah Arendt, supone un nuevo modo de gobierno que, al igual que el fascismo, debe añadirse a las tipologías desarrolladas por pensadores clásicos como Platón (2007), Aristóteles (2007), Montesquieu (2003) o Weber (2004; 2007).

La crisis de nuestro tiempo y su experiencia central han producido una forma enteramente nueva de gobierno que, como potencialidad y como peligro siempre presente, es muy probable que permanezcan con nosotros a partir de ahora, de la misma manera que otras formas de gobierno —monarquía, república, tiranía, dictadura, despotismo— que surgieron en diferentes momentos históricos y se basan en experiencias fundamentalmente diferentes han permanecido con la humanidad al margen de sus derrotas temporales (Arendt 2010, 640).

Pese a que sus regímenes más representativos hayan podido desaparecer, esto no garantiza salvaguarda alguna frente a su peligro, pues «las soluciones totalitarias pueden muy bien sobrevivir a la caída de los regímenes totalitarios» (*ibid.*, 616); sus propuestas, intenciones y objetivos pueden ocultarse detrás de nuevas apariencias y representaciones, de nuevos partidos, programas o personas que, en momentos de crisis, planteen soluciones radicales y tentadoras a la población para resolver sus infortunios. Una conclusión que ha sido compartida también por figuras como Primo Levi, quien, muchos años después de experimentar en sus carnes los mayores horrores del corazón del nazismo —Auschwitz—,

Resumen: El objetivo de este ensayo es realizar una panorámica acerca de la manipulación histórica que pretendió llevar a cabo el nacionalsocialismo con base en su ideología. Partiendo de la definición arendtiana de «ideología» como la lógica de una idea o el despliegue de un proceso, describiré algunos de los intentos efectuados por el III Reich para reformular su pasado y su presente, atendiendo especialmente a una serie de mitos o relatos que elaboraron como el «mito de la raza aria», el «mito de la comunidad nacional» —die *Volksgemeinschaft*—, el relato de la «puñalada por la espalda», su retrato de la figura del judío o su propósito de borrar las huellas de los campos de concentración.

Palabras clave: ficción, historia, ideología, nacionalsocialismo, totalitarismo.

Abstract: The aim of this essay is to provide with an overview of the historical manipulation that National Socialism attempted to carry out on the basis of its ideology. Starting from the Arendtian definition of «ideology» as the logic of an idea or the unfolding of a process, I will describe some of the attempts made by the Third Reich in order to reformulate its past and its present, focusing specially on a series of myths or narratives which were elaborated, such as the «myth of the Arian race», the «myth of the national community» —die *Volksgemeinschaft*—, the tale of the «stab in the back», its portrait about the icon of the Jew, or its purpose to eliminate the remnants of the concentration camps.

Keywords: Fiction, History, Ideology, National Socialism, Totalitarianism.

seguía tratando de prevenir la repetición de este suceso:

Tenemos que ser escuchados: por encima de toda nuestra experiencia individual hemos sido colectivamente testigos de un acontecimiento fundamental e inesperado, fundamental precisamente porque ha sido inesperado, no previsto por nadie. Ha ocurrido contra las previsiones; ha ocurrido en Europa; increíblemente, ha ocurrido que un pueblo entero civilizado, apenas salido del ferviente florecimiento cultural de Weimar, siguiese a un histrión cuya figura hoy mueve a risa; y, sin embargo, Adolf Hitler ha sido obedecido y alabado hasta su catástrofe. *Ha sucedido y, por consiguiente, puede volver a suceder*: esto es la esencia de lo que tenemos que decir.

Puede ocurrir, y en cualquier parte. No intento, ni podría, decir lo que va a suceder; como he dicho antes, es poco probable que se den de nuevo y simultáneamente todos los factores que desencadenaron la locura nazi, pero se están perfilando algunos signos precursores (...). Pocos son los países que pueden garantizar su inmunidad a una futura marea de violencia, engendrada por la intolerancia, por la libido de poder, por razones económicas, por el fanatismo religioso o político, por los conflictos raciales. Es necesario, por consiguiente, afinar nuestros sentidos, desconfiar de los profetas, de los encantadores, de quienes dicen y escriben «grandes palabras» que no se apoyen en buenas razones (Levi 2012, 648-649; el destacado es mío).

Ahora bien, tales advertencias no se refieren a una reproducción exacta de los acontecimientos del pasado, sino que, como apunta Todorov (2010, 269), estarían aludiendo a «la diseminación de los rasgos que hicieron posible el horror en otros lugares, con otros nombres, con nuevas justificaciones, sin alcanzar el mismo paroxismo, pero provocando masacres y sufrimientos infinitos». Dicho en otras palabras, estarían avisando acerca de la repetición de aquellas condiciones y comportamientos que permitieron el levantamiento de regímenes totalitarios, y que ahora pueden manifestarse bajo la forma de nuevas expresiones, políticas, decisiones, etc.

2. *El control total*

Hecha, pues, esta breve presentación, el caso del nacionalsocialismo constituye, junto al estalinismo, el mejor ejemplo para ilustrar este modelo de dominación totalitaria *omniabarcante*. Ahora bien, para alcanzar a comprender la importancia y el poder de un régimen totalitario como lo fue la Alemania nazi, debe hacerse hincapié en las últimas consecuencias que conlleva su objetivo de un *control total*. Cuando hablo de este tipo de control, no me refiero únicamente a su capacidad de permear todas las capas de la sociedad o a su propósito de vigilar todas las acciones y movimientos de la población, sin excepción; la pretensión última es introducirse en la mente de cada individuo y transformar su pensamiento hasta el punto de que vea la realidad a través de los ojos del régimen. Gracias a esto, personas como Hitler y sus allegados podían disponer de la vida de todos sus ciudadanos, dirigiendo sus actos y decisiones —qué les gustaba y qué no, qué debían considerar bueno, malo, justo, injusto, etc. —, o haciéndoles formar parte de una masa homogénea, unitaria y sumisa que se comportara como si de un único sujeto se tratase, entre otros métodos. Sin embargo, cuando decimos que el totalitarismo es capaz de generar una nueva realidad para aquellos que se encuentran bajo su yugo, no nos estamos remitiendo solo a la capacidad de modelar el comportamiento de las personas, sino que también nos referimos al atroz y pavoroso poder de trastocar por completo sus concepciones del mundo y de la historia. Dicho de otra manera, controlando el pensamiento y la manera que tienen los individuos de comprender su realidad, el III Reich buscó elaborar un nuevo relato del mundo, una nueva historia que suplantase a la que hasta ahora le había sido narrada a la humanidad. Su meta final era el dominio, no solo del presente de las personas, sino también de su pasado y de su futuro. En síntesis, el poder del totalitarismo es también el poder de controlar y de manipular la historia.

En este contexto, la ideología se torna el instrumento principal para la consecución de sus planes. Hannah Arendt describió las ideologías como una especie de ficción utilizada especialmente por los líderes de movimientos

totalitarios, como Hitler o Stalin, para imponer su particular interpretación del mundo sobre la realidad. En este sentido, la ideología de un movimiento político como el nacionalsocialismo debe pensarse como un relato ficcional, reduccionista, simplista y monolítico acerca de todo lo concerniente al ser humano, cuya fácil comprensión suponía un enorme atractivo para la incipiente sociedad de masas de comienzos y mediados del siglo XX. Utilizando términos de la propia Arendt, por ideología debemos entender la lógica de una idea o el despliegue lógico de un proceso que afirma haber encontrado la clave explicativa de toda la realidad deduciéndola exclusivamente de una sola premisa, sin necesidad de cualquier contrastación efectiva; es decir, a través de su óptica, que sería la única que interpretaría correctamente las «leyes» que rigen la Historia y la Naturaleza, pueden esclarecerse todos los misterios y preguntas que acechan al ser humano. En palabras de la autora de *Los orígenes del totalitarismo*,

su objeto es la historia, a la que es aplicada la «idea»; el resultado de esta aplicación no es un cuerpo de declaraciones acerca de algo que es, sino el despliegue de un proceso que se halla en constante cambio. La ideología trata el curso de los acontecimientos como si siguieran la misma «ley» que la exposición lógica de su «idea». Las ideologías pretenden conocer los misterios de todo el proceso histórico —los secretos del pasado, las complejidades del presente, las incertidumbres del futuro— merced a la lógica inherente a sus respectivas ideas (Arendt 2010, 628).

Por lo tanto, el verdadero peligro de una ideología como la nacionalsocialista es su propósito de reconfigurar el mundo de las personas a imagen y semejanza de la quimera que ha concebido, poniendo en juego la propia realidad común y objetiva. Difumina las fronteras entre verdad y falsedad, no con la intención de reinterpretar los sucesos y acontecimientos clave del pasado, sino con la voluntad de cambiarlos por una narración completamente nueva y alterada de los mismos que suplante y haga olvidar a la anterior. Asimismo, manipula todos los hechos presentes para mostrarlos como el resultado de una

deducción lógica de aquellas supuestas leyes que rigen el curso de la Historia.

Decía Hannah Arendt en su ensayo «Verdad y política» que «aún si admitimos que cada generación tiene derecho a escribir su propia historia, solo le reconocemos el derecho a acomodar los acontecimientos según su propia perspectiva, pero no el de alterar la materia objetiva de la misma» (Arendt 1996, 251). Para ilustrarlo citaba una anécdota según la cual Clemenceau mantenía una conversación amistosa con un representante de la República de Weimar acerca de quién había iniciado la I Guerra Mundial, y cuando el ex-presidente francés fue preguntado acerca de su opinión por lo que dirían los historiadores en el futuro, su respuesta fue: «Eso no lo sé, pero sé con certeza que no dirán que Bélgica invadió Alemania» (*ibid.*). Eliminar la crónica de lo que sucedió de verdad y reemplazarla por una nueva narración necesitaría, nos dice Arendt, no solo el trabajo de los historiadores, sino el monopolio del poder en todo el mundo civilizado, de manera que nadie nunca pudiera desmentir la nueva versión de lo sucedido. Hoy día, el hecho de que un gobierno pueda adquirir semejante poder nos parece una locura inalcanzable, pero, sin embargo, no lo fue hace menos de un siglo para los nazis. En el fondo, el anhelo de un totalitarismo como el de la Alemania de Hitler era ostentar un control y un poder tan absolutos como el que describirá George Orwell en *1984* (2010), capaz de vigilar absolutamente todo a través del *Gran Hermano* y de modificar la historia según la conveniencia del Partido, al igual que hace Winston Smith, el protagonista de la obra, en el que paradójicamente es el Ministerio de la Verdad.

En este sentido, y a fin de infundir una nueva *Weltanschauung* en la mente de las personas, la ideología contaba con dos instrumentos fundamentales, a saber: el adoctrinamiento y la propaganda. A través del primero, el III Reich pretendía realizar una renovación drástica y radical de la formación y la cultura alemanas. Ideado para influir sobre toda la población, pero con especial hincapié en la juventud —para que las nuevas generaciones tuvieran grabadas la esvástica en sus corazones y en sus mentes desde el comienzo (cfr. Koonz 2005, 157-190)—,

la educación fue completamente reformada para arrastrar a la población al servicio del nuevo Estado. Rápidamente las escuelas y universidades fueron *nazificadas*, y sus materias y contenidos pedagógicos, modificados para introducir contenidos racistas, imperialistas o la enseñanza en las llamadas «ciencias alemanas» —entre las que destacaba la «raciología», que, con una base supuestamente «científica», demostraría la supremacía de unas razas sobre otras—; se restringió el acceso de judíos a la educación superior; las narraciones históricas fueron adulteradas para plasmar la primacía de Alemania y de la raza aria sobre el mundo, justificando la política expansionista del *Lebensraum* o exaltando sobremanera héroes nacionales y triunfos bélicos; y, para no extenderme más en este punto, se introdujo una censura terrible sobre todas las formas artísticas y de expresión, purgando las bibliotecas de obras y autores que fueran consideradas «peligrosas» —hasta el punto de prohibir cuentos infantiles como *Bambi*, escrito por el autor judío Felix Salten (Siegmund Salzmann)—, controlando todas las informaciones transmitidas por la radio, el cine o la prensa —de manera que el pueblo solo supiera lo que el régimen quería— o imponiendo unos estilos determinados en la pintura, la música, la arquitectura, la literatura, etc., entre otras acciones. Un ejemplo representativo de este proceso viene dado por las *Hitlerjugend* —las Juventudes Hitlerianas— y el relato que de ellas hace Inge Scholl, la hermana pequeña de los líderes de *La Rosa Blanca*, Hans y Sophie Scholl. Al igual que millones de niños y de jóvenes alemanes, también ellos formaron parte de esta organización nacional de prácticamente obligada inscripción, y, al igual que muchos de aquellos, también llegaron a sentirse parte de ellas «en cuerpo y alma»:

Había algo más que nos atrajo con misterioso poder y nos arrastró: las filas cerradas de jóvenes marchando con banderas ondeando, los ojos fijos hacia adelante, manteniendo al tiempo el ritmo de tambores y canciones. ¿No era abrumador este sentido del compañerismo? No es sorprendente que todos nosotros, Hans y Sophie y los demás, nos uniésemos a las *Juventudes Hitlerianas* (...).

Fuimos de viaje con nuestros camaradas de las Juventudes Hitlerianas e hicimos largas caminatas por nuestra nueva tierra, el Jura suabo. Por muy larga y extenuante que fuera nuestra marcha, estábamos demasiado entusiasmados para admitir que estábamos cansados. Después de todo, fue espléndido encontrar de repente intereses y lealtades comunes con los jóvenes a quienes, de otro modo, no habríamos llegado a conocer en absoluto. Asistimos a reuniones nocturnas en varias de nuestras casas, escuchamos lecturas, cantamos, nos divertimos con juegos o trabajamos en artesanías. *Nos dijeron que debemos dedicar nuestras vidas a una gran causa*. Fuimos tomados en serio —tomados en serio de una manera notable— y eso despertó nuestro entusiasmo. *Sentimos que pertenecíamos a un cuerpo grande y bien organizado que honró y abrazó a todos, desde el niño de diez años hasta el hombre adulto. Percibimos que había un papel para nosotros en un proceso histórico, en un movimiento que estaba transformando a las masas en un Volk*. Creíamos que lo que nos aburría o nos daba un sentimiento de aversión desaparecería por sí mismo (Scholl 1983, 6-7; el destacado y la traducción son míos)¹.

1 «There was something else that drew us with mysterious power and swept us along: the closed ranks of marching youth with banners waving, eyes fixed straight ahead, keeping time to drumbeat and song. Was not this sense of fellowship overpowering? It is not surprising that all of us, Hans and Sophie and the others, joined the *Hitler Youth* (...).

We went on trips with our comrades in the Hitler Youth and took long hikes through our new land, the Swabian Jura. No matter how long and strenuous a march we made, we were too enthusiastic to admit that we were tired. After all, it was splendid suddenly to find common interests and allegiances with young people whom we might otherwise not have gotten to know at all. We attended evening gatherings in our various homes, listened to readings, sang, played games, or worked at handcrafts. *They told us that we must dedicate our lives to a great cause*. We were taken seriously —taken seriously in a remarkable way— and that aroused our enthusiasm. *We felt we belonged to a large, well-organized body that honored and embraced everyone, from the ten-year-old to the grown man. We sensed that there was a role for us in a historic process, in a movement that was transforming the masses into a Volk*. We believed that whatever bored us or gave us a feeling of distaste would disappear of itself».

Por su parte, la propaganda nazi ayudaba a reforzar la doctrina ideológica, concienciando diariamente a los ciudadanos para que otorgaran y mantuvieran su beneplácito al gobierno de Adolf Hitler sin que ellos mismos se percatasen de la manipulación. Como decía Goebbels, «la mejor propaganda es la que opera de manera invisible, penetra en todos los aspectos de la vida sin que la gente se dé cuenta de la iniciativa propagandística» (Koonz 2005, 30). O como recogería el pensador y sociólogo alemán exiliado a Estados Unidos Siegfried Kracauer en su obra *De Caligari a Hitler* (1985, 281-282):

La propaganda totalitaria se propuso reemplazar una realidad basada en el reconocimiento de los valores individuales. Puesto que los nazis apuntaban a la totalidad, no podían estar satisfechos con reemplazar simplemente esta realidad —la única que merece este nombre— por sus instituciones propias. Si ellos hubieran hecho esto, la imagen de la realidad no hubiera sido destruida sino simplemente proscrita; podía haber continuado trabajando en el subconsciente, poniendo en peligro el principio de la conducción absoluta. Para lograr su objetivo, los gobernantes nazis tenían que superar a esos anticuados déspotas que suprimían la libertad sin aniquilar su recuerdo. Estos gobernantes modernos sabían que no es suficiente imponer sobre su pueblo «un nuevo orden» y dejar que se escapen las viejas ideas. En lugar de tolerar tales realidades rastrearon persistentemente toda opinión independiente y la desalojaron de su más remoto escondite, con la obvia intención de bloquear todos los impulsos individuales. Trataron de esterilizar la conciencia. Al mismo tiempo, obligaron a la mente a estar a su servicio, movilizándolo sus poderes y emociones de tal manera que no quedó lugar ni voluntad para la heterodoxia intelectual. Procediendo cruelmente, no solo consiguieron impedir que la realidad creciera de nuevo, sino que se apoderaron de los componentes de esa realidad para fabricar la seudorealidad del sistema totalitario. Las viejas canciones tradicionales sobrevivieron, pero con versos nazis; se dio un significado contrario a las instituciones republicanas, y las masas fueron obligadas a consumir sus reservas psíquicas en actividades

proyectadas con el propósito expreso de copar la mentalidad del pueblo de manera que nada quedara al margen.

Este es precisamente el significado de la siguiente manifestación hecha por Goebbels: «Ojalá que la brillante llama de nuestro entusiasmo nunca se extinga. Solo esta llama da luz y calor al arte creador de la moderna propaganda política. Levantándose de las profundidades del pueblo, este arte siempre debe volver a descender sobre él y encontrar allí su fuerza. El poder basado en las armas puede ser una cosa buena; es, sin embargo, mejor y más satisfactorio ganar el corazón del pueblo y conservarlo» (Kracauer 1985, 281-282)².

2 «Totalitarian propaganda endeavored to supplant a reality based upon the acknowledgment of individual values. Since the Nazis aimed at totality, they could not be content with simply superseding this reality —the only reality deserving the name— by institutions of their own. If they had done so, the image of reality would not have been destroyed but merely banished; it might have continued to work in the subconscious mind, imperiling the principle of absolute leadership. To attain their aim, the Nazi rulers had to outdo those obsolete despots who suppressed freedom without annihilating its memory. These modern rulers knew that it is not sufficient to impose upon the people a «new order» and let the old ideas escape. Instead of tolerating such remnants, they persistently traced each independent opinion and dragged it out from the remotest hiding-place —with the obvious intention of blocking all individual impulses. They tried to sterilize the mind. And at the same time they pressed the mind into their service, mobilizing its abilities and emotions to such an extent that there remained no place and no will for intellectual heresy. Proceeding ruthlessly, they not only managed to prevent reality from growing again, but seized upon components of this reality to stage the pseudo-reality of the totalitarian system. Old folksongs survived, but with Nazi verses; republican institutions were given a contrary significance, and the masses were compelled to expend their psychic reserve in activities devised for the express purpose of adjusting people’s mentality, so that nothing would be left behind.

This is precisely the meaning of the following statement by Goebbels: “May the shining flame of our enthusiasm never be extinguished. This flame alone gives light and warmth to the creative art of modern political propaganda. Rising from the depths of the people, this art must always descend back to it and find its power there. Power based on guns may be a good thing; it is, however, better and more gratifying to win the heart of a people and to keep it”» (Kracauer 1966, 298-299).

De este modo, dondequiera que uno mirase o escuchase, había siempre algún elemento que subrepticamente les inoculaba el veneno ideológico que les hacía creer en la prosperidad del régimen, en el progreso de la nación logrado gracias al *Führer* o en el honor que suponía pertenecer al *Volk* alemán, que pronto recuperaría la preeminencia mundial. A través de los medios de comunicación de masas — radio, periódicos, películas, documentales—, carteles, eventos, mítines, etc., la propaganda fortalecía regularmente y con vehemente fuerza los mensajes y las proclamas del nacionalsocialismo, de manera que si alguna vez, por cualquier motivo, el convencimiento y la fe del individuo flaqueaban, el sistema estaba diseñado para volverlo a encauzar de manera casi inmediata sin que aquel se diera cuenta siquiera del proceso. Se dio así origen a un enorme y constante magma propagandístico que hizo caer progresivamente a una significativa parte de la población alemana en la ideología nazi, haciendo de ellos personas para las cuales «los hechos de la vida habían llegado a ser lo que Hitler y Goebbels, con su cínico desprecio a la verdad, decían que eran» (Shirer 2013, 353).

Atrayendo y sugestionando de esta manera al pueblo, prometiéndole una realidad que nunca existió y un porvenir alentador que nunca llegó, el III Reich buscó una instrumentalización de la historia para poner esta última al servicio de sus fines políticos. Dentro de la narración del mundo que había creado, concibió un relato completamente nuevo para Alemania, con un pasado, un presente y un futuro a la altura de una nación que, según los nazis, estaba destinada a dominar el mundo. Con ello, el nacionalsocialismo elaboró su propia concepción de la historia, construyendo una serie de mitos que trataron de hacer pasar por reales y conformando el mundo según su ideología. Para ilustrarlo, podemos destacar a continuación algunas de esas ficciones utilizadas por los nazis para alcanzar su propósito.

3. El mito de la raza aria

La primera de ellas, referida al pasado, quizá sea la más conocida por todos: el «mito

de la raza aria». Según la nueva narración histórica de los nazis, desde el origen del hombre habría existido una supuesta *lucha de razas* que, como la *lucha de clases* marxiana, constituiría el motor de la historia. Dentro de esta contienda, sin embargo, habría una raza que sobresaldría por encima de todas las demás, una raza humana que habría creado todo lo que posee cualquier rasgo de esplendor o genialidad sobre la Tierra y que es definida como «fundadora de civilizaciones»: la raza *aria*, también conocida como *germánica* o *nórdica*. Solo las personas pertenecientes a ella podrían guiar a la humanidad hacia su verdadera prosperidad. Además, su misión sería también la de defender al resto de hombres de la amenaza que otra raza cernía sobre ellos, una raza que es calificada como «parásita», «corruptora» y «destructora de pueblos»; otra raza que ni siquiera sería calificada como humana: la raza *judía*. A partir de esta contraposición, los nazis se atribuyeron a sí mismos una labor mesiánica por la que, supuestamente, debían librar al mundo del mal que lo atenazaba a través de una perversa conspiración judía que ejercía su poder desde la sombra. No solo eso, sino que, con la llegada de Hitler al poder, dilucidaron un final escatológico, podría decirse que incluso redentor, según el cual la batalla final entre ambas razas tocaría a su fin gracias a la intervención de un «divino» *Führer*, quien, en un acto de guerra total, salvaría a la humanidad de la «lacración judía» y traería consigo la paz; únicamente él podría llevar a cabo esta «Solución Final a la cuestión judía». Una vez conseguido esto, la meta de los nazis era la creación de una *Volksgemeinschaft* cerrada, esto es, una *comunidad del pueblo* fundamentada sobre criterios raciales que abogaba por una igualdad natural de (casi) todos los alemanes, en tanto que arios, y que los distinguía del resto de pueblos. Una comunidad que, aunque en un principio se limitase al *Lebensraum* alemán, estaba destinada al predominio del mundo y a someter a aquellos pueblos inferiores dentro de la jerarquía racial. El propio Hitler lo había expresado así cuando contemplando el símbolo nazi en una maqueta de las obras de Berlín exclamó: «Esto habrá que cambiarlo. ¡El águila ya no sujetará la esvástica, sino que dominará el globo terráqueo!» (Speer 2008,

299).

Por otra parte, aunque la cruel fábula de la raza dio a los alemanes una identidad, los nazis aún necesitaban algo más para hacer de ella algo plenamente efectivo y real. Es aquí cuando entra en juego otro de los mitos del nazismo: el del «pasado glorioso». La creación de una identidad nacional alemana era cuestión prioritaria dentro del III Reich, pero dado que Alemania se había constituido como país de manera muy tardía —en el siglo XIX—, no había ningún criterio riguroso, como la uniformidad lingüística o religiosa, bajo el cual establecer una nacionalidad propia. La idea de una raza que hubiese habitado suelo germano desde su origen podía constituir esa identidad; no obstante, si lo que se pretendía era, además, una identidad nacional prestigiosa, esa raza debía contar con aquello que han poseído todos los grandes imperios de la historia: un ilustre pasado. Tomando como uno de sus principios el adagio latino «*Historia magistra vitae*», el nacionalsocialismo embelleció sus orígenes y creó un discurso de procedencia en el que se atribuía la ascendencia más admirable y respetuosa que la historia del hombre permitía; dicho en otras palabras, se apropió de manera racista de las identidades griega y romana para incorporarlas a la raza nórdica. Pese a la germanofilia de grandes jefes nazis como Heinrich Himmler, Hitler se percató enseguida de que los alemanes no poseían en absoluto un pasado digno de ellos si su único referente era la cultura germana; «como si no bastara con que los romanos levantaran grandes obras mientras nuestros antepasados aún vivían en chozas de barro» (*ibid.* 2008, 176), espetaba ante las excavaciones arqueológicas de las SS. Por este motivo, comenzó a forjarse una nueva historia acerca del pasado alemán, sirviéndose en primer lugar del historiador latino Tácito, quien en la obra *De origine et situ germanorum* —98 d.C.— mencionaba por primera vez a los *germanos*, las poblaciones que las tropas imperiales habían encontrado al norte del Danubio y al este del Rin y que, casualmente, eran definidos como *indígenas* y *no mezclados con otros pueblos*, lo que sin duda era interpretado como un gran apoyo para la doctrina racial.³ Esto, unido a la

3 Estoy casi convencido de que los germanos son indígenas y que de ningún modo están mezclados con otros pueblos, bien como resultado de emigraciones, bien por

apropiación que habían hecho los nazis de las teorías del origen del hombre para situar la cuna de la humanidad en Alemania, hizo que Grecia y Roma pasaran a estar emparentados con la raza nórdica en un sentido de filiación. En otras palabras, los germanos serían los padres de los antiguos griegos y los antiguos romanos. Para los nazis, como expone Chapoutot (2013, 38),

mientras que la cepa de la raza original permaneció firme en el suelo de Germania, las diferentes ramas se extendieron lejos del territorio natal. Emigraron fuera de Germania hacia las regiones menos rigurosas del sur, sobre todo a Grecia, la India y Roma, donde dieron a luz a prestigiosas culturas y poderosas civilizaciones. De este modo, la paternidad de la cultura griega y del Imperio romano le corresponde a la raza germánico-nórdica: el Partenón y la Acrópolis, el Apolo de Belvedere y el Panteón de Agripa son expresiones, objetivaciones del mismo genio racial nórdico.

Observamos aquí la consecuencia última de la apropiación nacionalsocialista de las identidades griega y romana: si únicamente la raza aria podía ser creadora de cultura, entonces todas las creaciones artísticas, filosóficas y políticas grecolatinas son producto de ese genio nórdico. La tesis del *ex oriente lux* sobre el origen del hombre fue, así, plenamente sustituida por un *ex septentrione lux*. Alemania sería la fuente que irradia no solo luz, sino también fuerza al resto de Europa, la que habría creado las grandes culturas y civilizaciones, donde Grecia y Roma serían las mayores joyas de su corona.

4. El relato de *Volksgemeinschaft* y la *Dolchstoßlegende*

Sin embargo, el nazismo no sólo elaboró mitos sobre su pasado, sino también acerca de hechos de su presente. En este sentido, podemos destacar dos de ellos cuya relevancia radica también en su proximidad en el tiempo: 1914 y 1918 respectivamente. Los nazis siempre mantuvieron que la revolución política que planteaban en 1933 era la culminación de la revolución nacional que se había iniciado

pactos de hospitalidad» (Tácito 1981, 114).

en 1914 con el inicio de la *Gran Guerra* —la I Guerra Mundial. Aprovechando el fervor patriótico y el entusiasmo popular que se había dado en Alemania al inicio de la contienda, los nazis idealizaron la declaración de guerra y las concentraciones de personas ocurridas entre julio y agosto de 1914 en apoyo a la causa alemana, dando así lugar al «mito de la comunidad nacional» —la *Volksgemeinschaft*— (cfr. Fritzsche 2012). Para ellos, la toma de poder en 1933 dio forma a aquellos sentimientos nacionalistas que, de forma tentativa, habían surgido casi veinte años atrás y que albergaban ya la idea de una nueva política, un nuevo comienzo y un renacimiento cultural. No obstante, la realidad fue muy distinta a lo contado por los nazis. Pese a que es cierto que el número de personas que acudió a las primeras manifestaciones era inédito, la magia de la unidad nacional acabó por desgastarse. La crisis económica de 1914, las movilizaciones al frente, el fracaso de la *Blitzkrieg* —la *guerra relámpago*—, la desmoralización de los soldados o la implantación de cartillas de racionamiento minaron en gran medida la autoridad del régimen. Esto, unido al aumento de la corrupción, del vandalismo, de los delitos contra la propiedad y de la sensación generalizada de que la guerra había sido «un buen negocio» para unos pocos y una «sucias estafa» para la mayoría, realzó la atmósfera de amargura y agresividad de la población.

Es en este momento de la historia, justo antes de la caída de Alemania en noviembre de 1918, cuando los nazis introdujeron el segundo mito que mencionábamos y que denominaron como la *Dolchstoßlegende* —la leyenda de la «puñalada por la espalda»—. Después de una enorme convulsión política ocurrida a raíz de la abdicación del Káiser Guillermo II ante la inminente derrota, los socialdemócratas recogieron un Estado descompuesto e incapaz de permanecer en conflicto con el resto de Europa, de manera que no tuvieron más opción que claudicar y firmar en 1919 el Tratado de Versalles impuesto por Francia. Sin embargo, los nazis no lo vieron así. Los grandes jefes de lo que posteriormente sería el NSDAP veían tras el auge del socialismo la mano negra del llamado «judeobolchevismo» para hacerse con el poder. Para ellos, Alemania había sido traicionada desde dentro justo en el momento en que iba a remontar la guerra y hacerse con

la victoria; una traición llevada a cabo por una conspiración judía que, bajo su óptica, estaba detrás de las grandes fortunas que se habían lucrado durante la contienda, al mismo tiempo que controlaba las fuerzas comunistas que venían desde Rusia. Gracias a los judíos, los socialdemócratas habrían llegado al poder, trayendo consigo la firma del ignominioso Tratado de Versalles, así como el inmovilismo y el caos político que se generaron durante la República de Weimar. En cambio, al igual que antes, la realidad fue muy diferente. Lo cierto fue que, absurdas teorías conspiratorias al margen, los altos mandos militares alemanes eran perfectamente conscientes de que en noviembre de 1918 la guerra era imposible de remontarse, pero el repentino cambio de gobierno les favoreció para que fueran otros quienes asumiesen la responsabilidad por la derrota. De esta manera, aquellos pudieron volver del frente fingiendo tener la cabeza alta y afirmando que, de no haber sido por los socialdemócratas, hubieran conseguido la victoria.

5. El retrato del judío

Esto nos lleva a un aspecto al que hemos aludido anteriormente de manera parcial, como es la representación racista y tendenciosa realizada por el nacionalsocialismo acerca del judaísmo. Frente a su idealización de la raza aria como raza suprema, señora y legítima dominadora del mundo, los nazis necesitaban de una contraposición sobre la que descargar todo aquello que aborrecían y tenían por indigno, y con base en la cual poder realzar sus propios valores y cualidades. Tal oposición fue encontrada en la figura del judío, a la cual asignaron el rol de una alteridad radical, de lo heterogéneo, de lo *otro*, y, por tanto, para ellos también de lo amenazador y de lo opuesto a la norma, por el mero hecho de ser diferente y no formar parte de la homogeneidad que habían concebido. Ahora bien, debe tenerse en cuenta que en la *Weltanschauung* nazi el elemento judío no quedaba reducido al conjunto de personas practicantes del judaísmo o adheridos a una comunidad judía; para ellos era algo más: era el enemigo de la raza aria, una raza antitética y diametralmente opuesta a todo lo que ellos

defendían, que encarnaba todo aquello que podía poner en un serio riesgo la vida y la seguridad del *Volk*. Eran los judíos, pero también los comunistas, los disidentes políticos, los soviéticos...⁴. Para el nacionalsocialismo lo judío, se trataba

de una figura, de un tipo ideal, de un símbolo con todos los atributos que hacen de él lo contrario a la comunidad de sangre. Sus valores, sus horizontes ideológicos, su ser mismo son una inversión, un reflejo del ario que debe ser recluido en el otro lado del espejo, en una vida paralela y virtual, o llevado al territorio de la muerte, cuya extranjería se pensará como vitalidad de la nación (Gallego 2003, 142).

Mientras que el arquetipo ario era presentado como el del hombre auténtico y regenerado, como un *Kulterbegründer* —fundador de cultura— y creador de civilizaciones que guiaba a la humanidad —o lo que los nazis pensaban por «verdadera» humanidad— hacia el progreso y la superación, el judío cumplía una función completamente opuesta: no solo no podía crear ningún tipo de civilización o cultura, sino que su misión era destruirlas; no solo se introducía dentro de las comunidades y de los pueblos sin llegar a asimilarse plenamente a ellos, sino que operaba como un «parásito» que se beneficiaba de sus huéspedes. Descrito, así, como una enfermedad, como un virus o como un bacilo, y comparado con animales como las ratas, los gusanos o las sanguijuelas, el judío ni siquiera era visto como un ser humano, aunque tuviera el aspecto de tal, sino como una especie de «subhombre», aún inferior a cualquier otro animal, que utilizaba sus malas artes para corroer los pilares de la sociedad⁵. Características que, por supuesto,

4 No es casual que, teniendo esto en cuenta, vincularan el judaísmo con el comunismo soviético, llegándose a referir al gobierno y a la ideología de la Unión Soviética con el término de «judeobolchevismo».

5 Para una recopilación de los adjetivos antisemitas utilizados por el propio Hitler en su *Mein Kampf*, cfr. Jäckel (1972, 58-59). Asimismo, Robert Jay Lifton recoge en *The nazi doctors* (2017, 15-17) muchas de las comparativas realizadas entre los judíos y las bacterias, virus, enfermedades o parásitos, a raíz de los avances en medicina y microbiología, así como de la concepción del *Volk* como un organismo mismo.

para los nazis trascendían el plano metafórico para materializarse en rasgos físicos e identificables. De este modo, en contraste con el estereotipo ario del hombre viril, alto, rubio y de cuerpo atlético, o de la mujer dócil, cuidadora de la casa, madre de familia y devota esposa que cuida su apariencia para su marido, la imagen del judío era la del hombre de astucia vil, bajo, feo, gordo —como un parásito que se alimenta de Alemania—, de mirada pérfida y nariz aguileña, oculto en las sombras tratando de engañar a alguna joven y descuidada alemana para así contaminar y destruir al *Volk* alemán, mientras que la mujer era representada como una «sucia ramera», llena de lujuria, que buscaba seducir a los «honestos» hombres alemanes, destruir sus familias y transmitirles enfermedades⁶. Dicho de otro modo, la persona judía exteriorizaba los atributos de una raza corrupta, repulsiva e infecciosa, capaz de destruir todo cuanto le rodeaba; una visión completamente alejada de la exaltada belleza germano-nórdica.

De la misma forma, el nacionalsocialismo veía en el judaísmo los valores modernos e ilustrados a los que se oponía, viendo en el judío la metáfora de una modernidad abstracta e impersonal que, con su racionalidad calculadora y burguesa, no solo se alejaba de la vitalidad y el espíritu creador que serían propios de los alemanes, sino que los trataba de suplantar. «En cierta forma, —sostiene Enzo Traverso (2002, 147)— «[los judíos] se convirtieron en el símbolo de una modernidad urbana e industrial vivida como la pérdida de valores tradicionales y como el advenimiento de un mundo frío, racional, sin puntos de referencia y en definitiva inhumano». Incapaz de cualquier tipo de creación, el espíritu judío estandarizaba todas las cosas, personas y objetos, arrebatándoles cualquier atisbo

6 Entre las acusaciones que se hizo a los judíos de ser portadores y transmisores de diversas enfermedades —de donde surgían muchas de las comparaciones con animales como las ratas o los insectos— destaca el caso de la sífilis; un hecho que encuentra parte de su origen en las violaciones y abusos sufridos por mujeres judías a mano de los alemanes, que acababan contrayendo y propagando esta enfermedad, especialmente durante la II Guerra Mundial por parte de los soldados de *Wehrmacht*, las SS o los *Einsatzgruppen* —cfr. Neitzel y Welzer (2012).

de vida para dejarlos reducidos a elementos homogeneizados y normalizados. En este sentido, la dicotomía entre el ario y el judío se corresponde al conflicto entre la *Kultur* y la *Zivilisation*: mientras la *Kultur* comprendía una sabiduría con aspectos místicos y espirituales, anclada en una comunidad orgánica y natural, la *Zivilisation* moderna se basaba en una inteligencia «abstracta», sin raíces, propia de un mundo desencantado y dominado por la creación judía del capitalismo.

Todo esto generaba una ruptura irreparable con la totalidad orgánica de la *Kultur*, rompía la plenitud de vida de los pueblos arraigados a un territorio y a una tradición, destruía «la imaginación intuitiva del artista» y engendraba especialistas (*Teilmenschen*) de la civilización industrial, hombres mutilados, de espíritu cerrado y unilateral, separados de la naturaleza y sometidos a la ejecución de operaciones mecánicas y envilecedoras (*ibid.*, 151-152).

Considerando así al judío como como un elemento corrosivo de la sociedad, subversor del orden establecido, portador de la destrucción, que allá donde iba imponía sus tradiciones y se hacía con el poder político y económico para lograr una hegemonía sionista mundial con su tenaza de capitalismo y comunismo —para la ideología nazi, ambas creaciones judías con el mismo propósito—, los nazis no solo se vieron a sí mismos como legitimados para destruirlos, sino que llegaron a considerar semejante sanguinaria tarea como un «deber moral» para proteger el futuro del Reich y el bienestar de su *Volksgemeinschaft*. Así como el jardinero poda y arranca las malas hierbas de un jardín para mantenerlo sano, dentro de su proyecto de ingeniería social los nazis se concebían como los cuidadores y responsables de la comunidad, a la cual debían mantener sana y salva eliminando cualquier elemento que juzgasen pernicioso (Bauman 2011, 117-118). En síntesis, para el nacionalsocialismo el judío era lo que el jurista alemán Carl Schmitt había caracterizado en *El Concepto de lo político* como el «enemigo», alguien «existencialmente distinto y extraño en un sentido particularmente intenso» (Schmitt 2014, 59-60), que con su sola presencia amenaza la existencia e identidad propias de la comunidad; motivo por el cual

debía ser identificado cuanto antes y repelido con todas las fuerzas que estuviesen a disposición del pueblo. De esta manera, la Alemania nazi cambió su visión excluyente del «nosotros sin ellos» por una máxima mucho más drástica: «o ellos o nosotros»⁷.

6. *Nacht und Nebel*: una página de la historia jamás escrita

Finalmente, el nacionalsocialismo no solo construyó ficciones en su pretensión de cambiar la narración de la historia; también quiso elaborar nuevos relatos acerca del futuro prometedor que le aguardaba, o, mejor dicho, quiso suprimir una serie de relatos para que nunca quedase constancia de ellos en la historia: los testimonios de las víctimas. Para los nazis no bastaba con arrebatarse la vida, o incluso una muerte digna, a quienes estaban en los campos de concentración o eran secuestrados por la Gestapo; era preciso exterminar de manera literal su existencia sobre la faz de la Tierra, hacer desaparecer a la gente de manera que fuera como si nunca hubieran existido, borrarlos hasta de la mente y de los corazones de aquellos que les conocieron. El objetivo era crear lo que Hannah Arendt bautizó como «bolsas» o «pozos del olvido», en los que las personas «caen por accidente y sin dejar tras de sí los rastros ordinarios de su antigua existencia, como un cuerpo o una tumba» (Arendt 2010, 585; 2011, 339). Para ello, el III Reich comenzó con la implantación del plan *Nacht und Nebel* —*Noche y Niebla*—, que, en palabras del William Shirer (2013, 428-429),

como su inquietante nombre indica, incitaba a apoderarse de las personas «que representaban un peligro para la seguridad de Alemania», y a no ejecutarlas inmediatamente, sino hacerlas desaparecer sin dejar huella en la noche y en la niebla de lo desconocido, en alguna parte de Alemania. Ninguna información sobre su suerte debía ser transmitida a su familia, ni siquiera cuando —y siempre era éste el caso— se tratara solo del lugar en que estaban enterradas.

7 Para una exposición más detallada de la visión del nacionalsocialismo acerca de la figura del judío, cfr. Leiva (2016).

Según la visión de los nazis, como llegó a expresar el general Wilhelm Keitel, «no se puede obtener un efecto de intimidación verdaderamente eficaz más que aplicando la pena de muerte o empleando medidas tales que ni sus padres, ni la población conozcan la suerte del criminal» (*ibid.*).

Pueblos enteros como Lidice u Oradur-sur-Glane fueron liquidados víctimas de este plan, pero sin duda su rostro más oscuro se plasmó en los campos de concentración y de exterminio. De hecho, el plan de los nazis era que la población alemana nunca tuviese constancia de la muerte de personas en lugares como Auschwitz, Treblinka, Sobibor, etc. Así, Primo Levi recogía la siguiente advertencia que los soldados de las SS dirigían cínicamente a los prisioneros (2012, 475; el destacado es mío):

De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no lo creería. Tal vez haya sospechas, discusiones, investigaciones de los historiadores, pero no podrá haber ninguna certidumbre, porque con vosotros serán destruidas las pruebas. Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá que los hechos que contáis son demasiado monstruosos para ser creídos: dirá que son exageraciones de la propaganda aliada, y nos creará a nosotros, que lo negaremos todo, no a vosotros. *La historia del Lager, seremos nosotros quien la escriba.*

De este modo, la «Solución Final» era, como decía Himmler a sus tropas, «una gloriosa página de nuestra historia que jamás había sido escrita y que no volverá a escribirse» (Arendt 2011, 155-156). Su objetivo último era conseguir lo que Robert Harris narra en su novela *Patria* (2013): reducir pueblos como el judío a un mero vestigio del pasado y hacer que la única prueba que pudiera quedar de los campos se limitase a unos cuantos ladrillos quemados, desgastados y dispersos en mitad de algún campo. Incluso cuando la derrota se cernía inexorable sobre Alemania, los nazis trataron de borrar las huellas de sus actos y eliminar cualquier

prueba que los incriminase. Lo terrorífico de esto es que dichas pruebas no se limitaban a papeles, materiales o infraestructuras, sino que incluían también personas, aquellos presos y *Sonderkommandos* que habían contemplado lo que allí había ocurrido; por consiguiente, ellos también debían ser aniquilados y su testimonio, sepultado. En síntesis, el nacionalsocialismo buscó destruir la memoria de sus víctimas y, con ello, apoderarse totalmente del relato de lo que verdaderamente ocurrió.

7. Conclusión

Puede concluirse entonces que el nacionalsocialismo trató de reescribir no solo la historia de Alemania sino del mundo en su conjunto. Imbuidos por una ideología que defendía la idea de una jerarquía racial y el sometimiento del mundo a la raza y a la nación supremas —la raza aria y Alemania, respectivamente—, Hitler y sus allegados trataron de manipular la historia a través de todos los medios concebidos con el propósito de construir el relato de una *nueva* Alemania en su sentido literal; esto es, una historia distinta a la que hasta ahora había sido narrada. Crearon la ficción del pasado glorioso de una raza aria, sometida en el momento presente, pero que a través de la lucha y la guerra podría resurgir para forjar un futuro donde recobrase su supuesto esplendor. Su discurso entrañaba entonces una determinada concepción de la historia, un mesianismo por parte de sus protagonistas, —que se presentaban y se veían a sí mismos como los salvadores de la nación— y la destrucción de la memoria de aquellos sectores de la humanidad que consideraban *Lebensunwertes Leben* —«indignos para vivir», o «vidas indignas de ser vividas»⁸. Apoyados en su baluar-

8 Con este término los nazis también se referían a las que serían sus víctimas en el —mal llamado— programa de eutanasia *Aktion T4*, llevado a cabo entre 1939 y 1941. Aludía sobre todo a personas con algún tipo de minusvalía física o de discapacidad mental; factores que, a ojos de los nazis, hacían de la persona un ser con menor valor que no valía la pena seguir manteniendo con vida, ni permitir que «transmitiese» sus «defectos» a las futuras generaciones.

te ideológico, los nazis trataron de hacer pasar su ficción por la realidad y de ajustar el mundo a su visión. En otras palabras, su intención era componer un nuevo relato del mundo y de Alemania, reescribir la historia y figurar en ella como el mayor imperio que hubiera caminado sobre la Tierra.

Referencias

- ARENDE, H.: *Entre el pasado y el futuro*. Barcelona, Península, 1996.
- ARENDE, H.: *Ensayos de comprensión 1930-1954*. Madrid, Caparrós Editores, 2005.
- ARENDE, H.: *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Alianza, 2010.
- ARENDE, H.: *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona, DeBolsillo, 2011.
- ARISTÓTELES: *Política*. Madrid, Gredos, 2007.
- BAUMAN, Z.: *Modernidad y Holocausto*. Madrid, Sequitur, 2011.
- CHAPOUTOT, J.: *El nacionalsocialismo y la Antigüedad*. Madrid, Abada, 2013.
- DIDI-HUBERMAN, G.: *Imágenes pese a todo*. Barcelona, Paidós, 2004.
- FRITZSCHE, P.: *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona, Crítica, 2010.
- FRITZSCHE, P.: *De alemanes a nazis*. Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI, 2012.
- GALLEGO, F.: "El nazismo como fascismo «auténtico»". *Revista HMiC Historia Moderna i Contemporània*, I, 2003, pp. 121-146.
- HARRIS, R.: *Patria*. Barcelona, DeBolsillo, 2013.
- JÄCKEL, E.: *Hitler's Weltanschauung*. Middletown, Wesleyan University Press, 1972.
- KRACAUER, S.: *From Caligari to Hitler*. New Jersey, Princeton University Press, 1966.
- KRACAUER, S.: *De Caligari a Hitler*. Barcelona, Paidós, 1985.
- KOONZ, C.: *La conciencia nazi*. Barcelona, Paidós, 2005.
- LEIVA, J.: "Redefiniendo lo humano: el caso del nazismo". *Tales. Revista de Filosofía*, 6, 2016, pp. 87-98.
- LEVI, P.: *Los hundidos y los salvados*. En: *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona, El Aleph, 2012.
- LIFTON, R. J.: *The Nazi Doctors*. New York, Basic Books, 2017.
- MONTESQUIEU: *Del Espíritu de las Leyes*. Madrid, Alianza, 2003.
- NEITZEL, S. & WELZER, H.: *Soldados del Tercer Reich*. Barcelona, Crítica, 2012.
- ORWELL, G.: *1984*. Barcelona, Destino, 2010.
- PLATÓN: *República*. En: *Diálogos IV*. Madrid, Gredos, 2007.
- SCHMITT, C.: *El concepto de lo político*. Madrid, Alianza, 2014.
- SCHOLL, I.: *The White Rose*. Middletown, Wesleyan University Press, 1983.
- SHIRER, W. L.: *Auge y caída del Tercer Reich*. Barcelona, Booket-Planeta, 2013.
- SPEER, A.: *Memorias*. Barcelona, El Acantilado, 2008.
- TÁCITO: *Germania*. En: *Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*. Madrid, Gredos, 1981.
- TODOROV, T.: *La experiencia totalitaria*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.
- TRAVERSO, E.: *La violencia nazi*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- WEBER, M.: *La política como vocación*. En: *El político y el científico*. Madrid, Alianza, 2004.
- WEBER, M.: *Sociología del poder*. Madrid, Alianza, 2007.